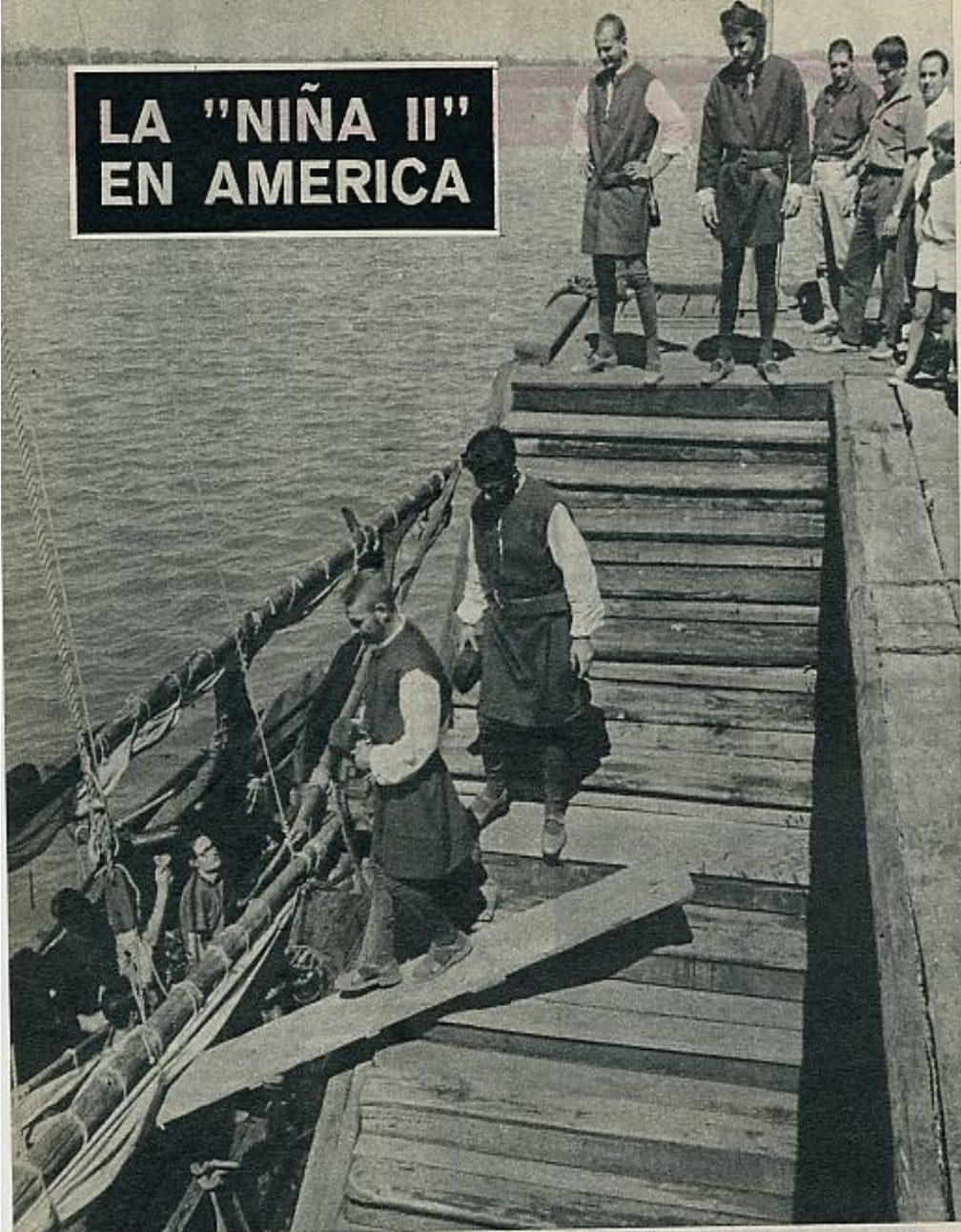


LA "NIÑA II" EN AMERICA



Vestidos a la usanza del siglo XV, Etayo y sus hombres embarcan en la «Niña II» en el muelle de La Rábida. Nadie podía creer que noventa y siete días después tocarían tierra americana.

La «Niña II» fondea frente a San Salvador, aunque la verdad es que se encuentran en esas aguas desde la noche anterior. Ahora es la ceremonia oficial que en la oscuridad no podría llevarse a cabo. En dos botes, los tripulantes se acercan a tierra. La playa está cerca. Una gran ansiedad les embarga.



ETAYO

VACILANTES, machacados por el aire salobre —el aire «sabe» a sal en el mar—, ávidos de tierra tras cubrir noventa y siete singladuras, Etayo y sus hombres han tocado América por la isla de San Salvador.



NO ESTABA LOCO

Como Colón hace cuatrocientos setenta años, aunque Colón invirtió setenta días en el viaje, veintisiete menos que este navarro alimentado de sueños y aventuras. ¿Pero qué tiene que ver Colón con esto? ¿Puede servir de algo, a estas al-

turas, que se repita el Descubrimiento? ¿Es que las circunstancias semejantes en que se ha desarrollado esta experiencia nos van a sumir en literatura? Colón no sabía que América estaba allí. Intuía que estaba allí. Etayo ha te- **SIGUE**



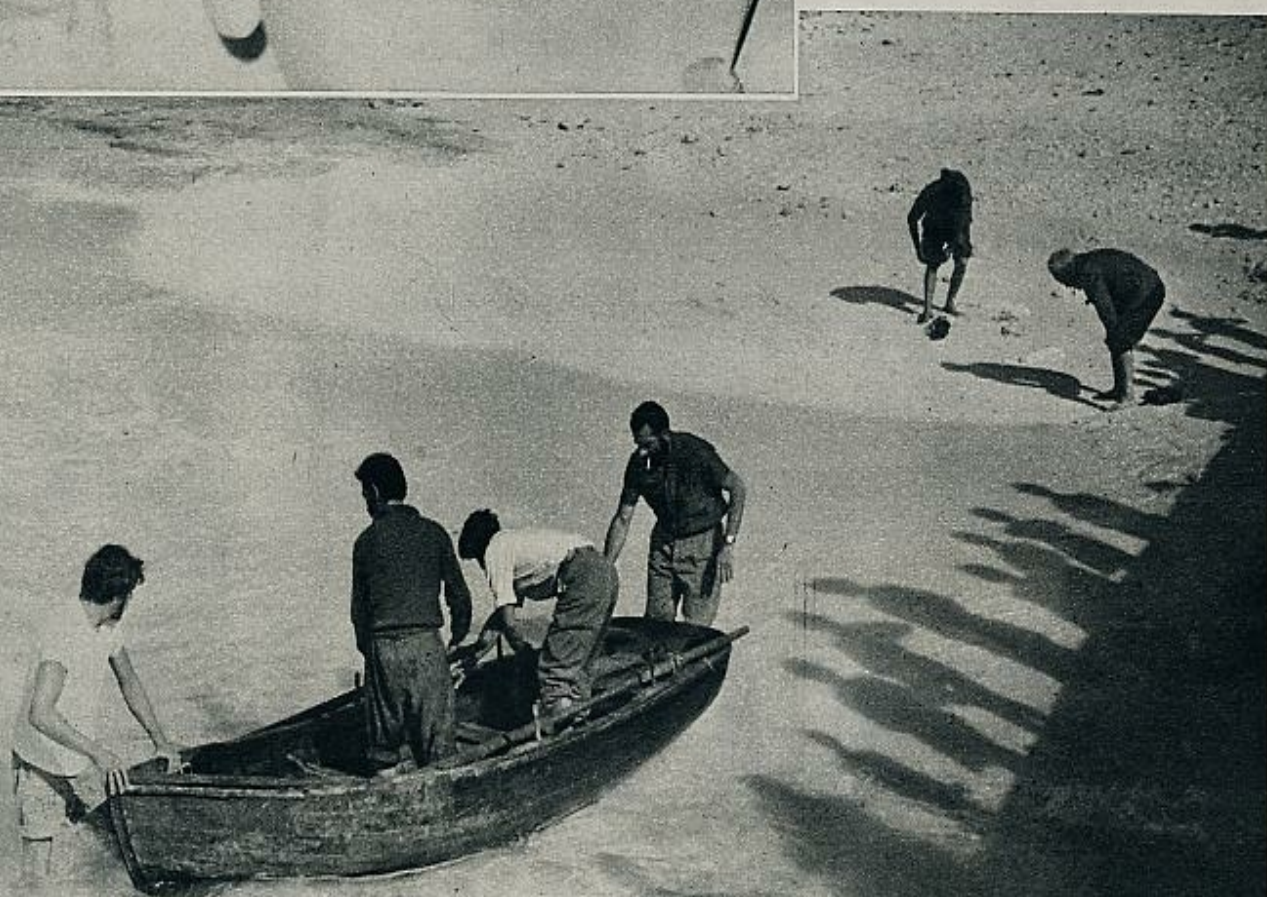
Etayo no es un «iluminado». Tampoco es un loco. Su espíritu de aventura, sus sueños y unos conocimientos sobre el arte de navegar, le han llevado a la empresa que culmina ahora en San Salvador.

LA "NIÑA II" EN AMERICA



nido durante su viaje la «certeza» de que América «continuaba» allí. Lo cual no resta mérito a la empresa de Etayo y sus ocho seguidores, de los que bien se puede decir que han vencido al Atlántico, aunque esto suene a frase de ocasión. Es curioso que el propio navegante navarro haya sido tan sobrio en sus declaraciones al desembarcar. Y es realmente revelador que el Jefe del Estado en su telegrama de felicitación le envíe los parabienes al capitán de la «Niña II» concretamente «por su grandiosa hazaña marinera». Esta sencillez de expresión, lógica en un hombre que conoce la medida y el valor de estos gestos, pone muchas cosas en su punto.

La «Niña II» salió de Guetaria el 24 de agosto de 1962, tocó en Palos, de donde partió el 10 de septiembre y emprendió su navegar definitivo, desde las Canarias, el 10 de octubre. La «Niña» de este siglo tiene las mismas medidas que la del Descubrimiento: 13 metros de eslora; 3,36 de manga; 1,96 de puntal. Su peso en lastre es de 27 toneladas. Lleva dos palos, tres velas, ocho remos grandes y cuatro pequeños. Fue construida en unos astilleros de Pasajes de San Juan por 165.000 pesetas, con roble de primera calidad «cortado de octubre a febrero» y pino roncal o gallego seco y madera de acacia. Carlos Etayo siguió con febril interés la construcción de la nave. Cuando se supo lo que intentaba, muchos le tomaron por loco. ¿Cómo va a repetir el viaje colombino en 1962? Y lo decían —tiene gracia— pensando que hoy es mucho **SIGUE**



La «Niña II» llegó a la isla de San Salvador —la Guanahani— a las once y media de la noche del día de Navidad. Hubo un primer desembarco nada más arribar. Luego volvieron los navegantes a la embarcación y por la mañana pusieron sus pies en tierra. Les esperaban unos cuantos habitantes de la isla y numerosos periodistas



Se espera que Etayo y sus compañeros hagan la maniobra y salten a tierra. Los nativos y el personal de las bases americanas siguen interesados las operaciones.



Calipso y ritmos tropicales fueron la ofrenda de los nativos a los viajeros de la «Niña I». Los navegantes fueron recibidos con evidente curiosidad y expectación.

LA "NIÑA II"
EN AMERICA



Algunos de los tripulantes de la carabela «Niña II» se dirigen, inmediatamente después de desembarcar, hacia la iglesia de San Salvador por las calles de Cockburn Town.

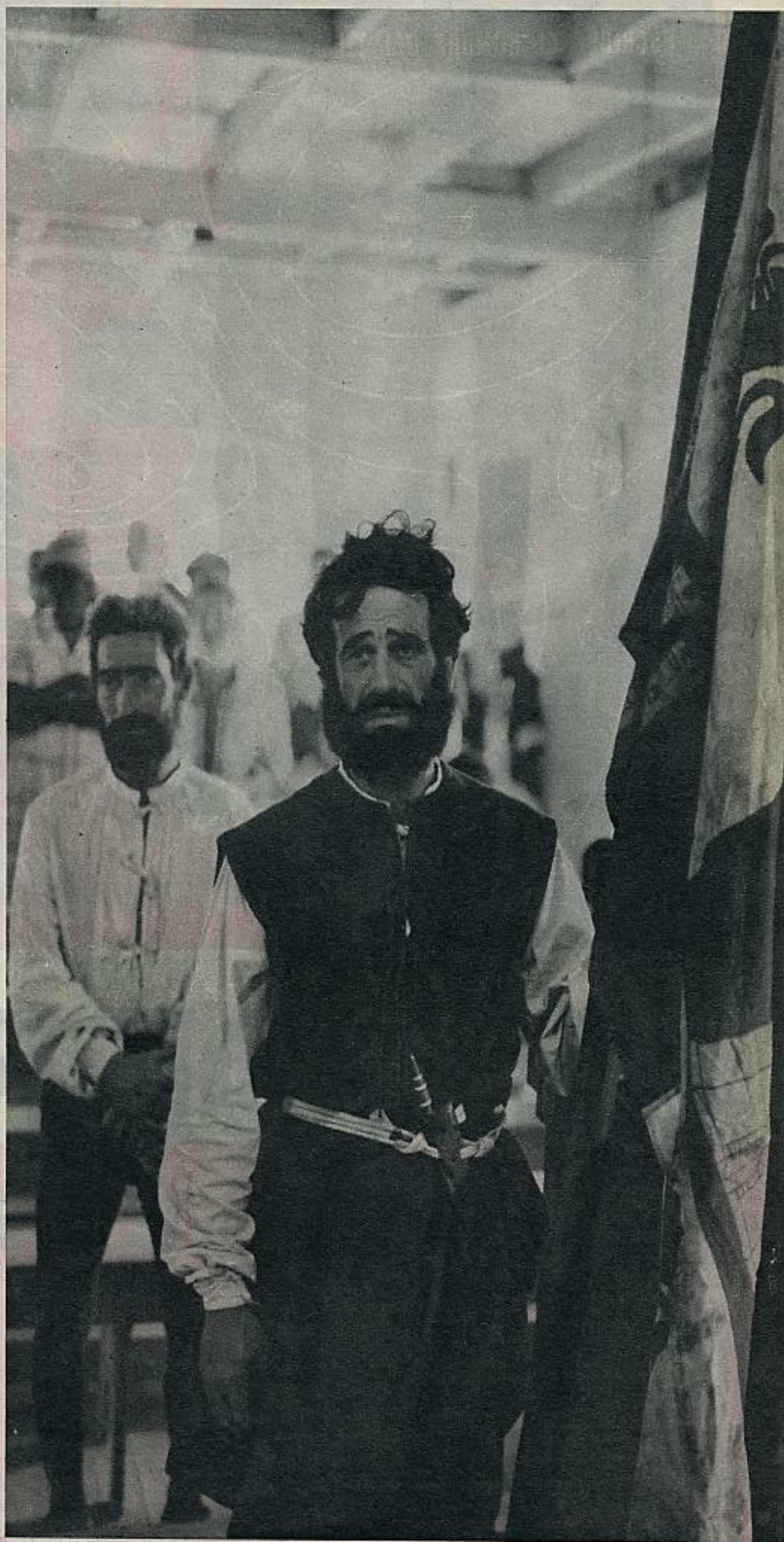
A la puerta de la iglesia de San Salvador, donde existe una plaza que recuerda a Colón, los tripulantes de la carabela se dejan fotografiar, sonrientes, satisfechos.



más difícil hacerlo que en 1492. Cuando salió de Guctaria, todo el mundo estaba convencido de que no pasaría de Palos. Cuando dejó Palos, que las Canarias, con su suave clima, acabarían arrullando las «fantasías» del navarro y sus ocho camaradas. Y ya en medio del Atlántico, cuando la «Niña II» permaneció «perdida» entre el 16 y el 30 de noviembre, todo el mundo pensó también que había llegado el momento de que Etayo rindiera cuentas por su «locura». Pero el 30 de noviembre un bimotor «Neptuno P-2V» de la Marina norteamericana, tripulado por el comandante Anderson —el mismo que recuperó a Carpenter y que localizó al «Santa María» que se llevaron Galvao y los suyos—, hallaba la cáscara de nuez del navarro, 750 millas al este de Puerto Rico.

Lo que siguió fue simplemente el prólogo del acto que ha concluido en San Salvador. Etayo no era un loco. Ni Robert Marx, de 28 años, arqueólogo norteamericano; ni el padre Sagasetta, el capellán, de 46 años; ni Antonio Aguirre, de 42, nacido en Fuenterrabía; ni José Valencia Salamendi, 39 años, de San Sebastián; ni José Ferrer, de Palos de Moguer, de 38 años; ni Manuel Darnaude, sevillano, marino mercante, también de madura juventud; ni Michel Vialars, un veterinario de 29 años, nacido en Villefranche; ni el veterano Nicolás Bedoya, 69 años, ferrolano afincado en Tolosa, vigía de la Armada ya jubilado. Estos hombres —algunos iban como marineros a sueldo— creyeron en Etayo. Sabían que su jefe, un teniente de navío, había buscado tesoros en el Caribe, en cuya aventura perdió fortuna pero ganó experiencia. ¿Tenía Etayo porte de «iluminado»? Lo que tenía era un corazón así de grande —fijese bien, «así»— y unos conocimientos que será apasionante compulsar en el diario de a bordo.

Y ahí, precisamente ahí, es donde está todo el extraordinario interés de esta travesía. ¿Qué han pensado estos hombres durante un centenar de días luchando con el océano? ¿Qué han hablado? ¿Qué han sentido en la soledad del mar, voluntariamente aislados de la civilización, acostumbrados como están ellos a unos modos de vida que esa civilización ha ido ganando para todos? Etayo y sus navegantes de la «Niña II» son de esa raza de hombres como Alain Bombard el «náufrago voluntario» que atravesó el Atlántico solo en «L'hérétique», o los que nacieron a la leyenda en las maderas de la «Kon-Tiki». Hombres que abren caminos. No fue inútil, aunque también se creyó, lo que hizo Bombard. Porque en su desesperación, en su soledad que parecía no tener fin en los días y las noches atlánticas, acabó encontrándose a sí mismo, y en su libro nos dio pistas después para que ese hallazgo nos sirviera de algo a los demás. Bombard escribió: «Un hombre que cree tocar el fondo de la desesperación puede siempre hallar un «segundo aliento» que le permita continuar y resurgir, como Anteo, cada vez que sus pies tocan la tierra... Para infundir esta esperanza al náufrago y persuadirle de que la vida está en el término de su prueba, yo quisiera que se imprimiese también: «Acordaos de que un hombre lo hizo en 1952»... Etayo y los ocho que le han acompañado en la «Niña II», habrán sentido muchas veces, a lo largo del viaje, esta desesperanza que es como la puerta última hacia la esperanza. Y como Bombard, también podrían escribir: «Acordaos de que unos hombres lo hicieron otra vez en 1962».



Misa de acción de gracias en San Salvador. Antonio Aguirre sostiene el pendón de Castilla ante el altar.